

Después de este desastre, a ambos protagonistas, el comandante Ericson y el teniente Lockhart, los nombran comandante y segundo comandante, respectivamente, de un destructor moderno, pasando a ser comandantes de cortina o líderes de escolta de convoyes hasta terminar la guerra.

Monsarrat, además de su cualidad como autor en captar el ambiente naval, tiene los grandes méritos de haber creado una novela extraordinariamente amena y entretenida; ambos factores son conjugados con inigualable maestría, en beneficio del lector.



MEMORIAS DE UN ALMIRANTE

Andrés Andes

Por iniciativa del Centro de ex Cadetes y Oficiales de la Armada, *Caleuche*, se ha publicado recientemente las memorias póstumas del almirante don Arturo Young Ward. Se trata de la autobiografía de un marino de corazón, cuya noble ejecutoria se transluce a través de las ciento cuarenta páginas de esta obra sugerente y edificante.

Todas las alternativas de una brillante carrera naval – desde su inicio como cadete en 1907 hasta su retiro

del servicio activo en 1946 – desfilan por este libro que se deja leer con facilidad. No se trata de una bitácora de la vida a bordo ni de un *Diario íntimo*, al estilo de Henri -Frédéric Amiel. Lejos de ello; si bien se siente a ratos rugir los temporales y toman realidad las maniobras marineras, también ofrece reflexiones serenas y comentarios ciertos sobre acontecimientos vividos y experiencias profesionales. Por cierto que, como es natural en toda obra de este difícil género, el protagonista incursiona en sentimientos personales, pero lo hace con dignidad, en estilo

sencillo, sin vanidad ni falsa modestia. Recuerda, por ejemplo, las palabras del sacerdote que bendijo su matrimonio y aprovecha para razonar sobre el papel de la esposa en la carrera del marino y sobre la conveniencia de que la juventud de hoy “medite profundamente antes de seleccionar esposa, conociendo anticipadamente los puntos de vista de la pretendida”, a fin de no sufrir más tarde contratiempos y desilusiones cuando las exigencias del servicio primen sobre los requerimientos del hogar.

Se refiere en seguida a las influencias políticas que vivía el país a principios de 1925 y al papel que le correspondió como comandante del submarino H-2 y de la flotilla de submarinos en el conato de revuelta en el Arsenal de Talcahuano. Más adelante habla del motín de la marinería en 1931, que conoció de cerca como miembro del Consejo de Guerra de Talcahuano. De estos aciagos sucesos, deduce conclusiones valdeas y permanentes acerca del ejercicio del mando, expuestas sin dogmatismo y con la mayor franqueza.

Relata, de paso, una anécdota que lo retrata de cuerpo entero, relacionada con la reacción de la Superioridad de la Armada y de un alto jefe naval ante el hecho de que, siendo Agregado Naval a la Embajada en Washington, invitara a cenar a su casa al ex presidente don Arturo Alessandri Palma, en esos momentos en el exilio

y persona no grata al gobierno.

El libro ha de interesar no solamente a quienes sirvieron bajo las órdenes del autor en la escampavía *Yelcho*, en la corbeta *General Baquedano* durante el xxxi viaje de instrucción, en la división de destructores o en la fragata *Lautaro*, a cuyo mando hizo dos viajes extraordinarios: “la vuelta al horizonte”, en que permaneció noventa días consecutivos en alta mar, y la estadía de más de un año en San Francisco de California, para instalarle motores auxiliares al que era entonces el buque de vela más grande del mundo. También despertará interés en las nuevas generaciones de oficiales de la Armada, que seguramente obtendrán provecho profesional de las lecciones de práctica marinera, de dedicación al servicio y de sentido de responsabilidad que fluyen de su lectura.

Habría mucho más que decir sobre estas nutridas memorias, pero la tiranía del espacio impone brevedad en el comentario. Solamente quisiéramos hacer mención al capítulo sobre el terremoto de enero de 1939, en que siendo Comandante en Jefe interino del Apostadero Naval de Talcahuano, el entonces capitán de navío —según el mismo lo dice— “emulando al comandante Gómez Carreño en el terremoto de 1906 en Valparaíso”, adoptó de inmediato las más drásticas medidas, incluyendo las de pena de azotes y de muerte, para llevar tranquilidad a la población y evitar robos, pillajes y desmanes.

Con razón el almirante Young estuvo siempre orgulloso de servir a la Marina de Chile y satisfecho de su brillante hoja de servicios. Pero no todo fue satisfacciones y debió pasar también por vicisitudes al final de su carrera, de las que habla con toda

naturalidad. Por último, "retirado, pero no alejado de la Armada", siguió cultivando la amistad de sus camaradas y subalternos y amando intensamente a la querida institución, como lo deja en evidencia las memorias que comentamos.

